

Anti puigiana

Luis Bernardo Jaime*



Cincuenta y ocho años de vida son pocos y no sabremos si la vida de Manuel Puig (1932-90) fue o no un sueño corto pero feliz. Más allá de la labor de los biógrafos y menos cercano que los seres queridos, al lector le resta la creación de veinte años materializada en la escritura de ocho novelas: de un sorprendente debut con *La traición de Rita Hayworth* (1968) a un feliz legado literario llamado *Cae la noche tropical* (1988), en un recorrido que transita por *Boquitas pintadas* (1968), *The Buenos Aires affair* (1973), *Pubis angelical* (1979), *Maldición eterna a quien lea estas páginas* (1982), *Sangre de amor correspondido* (1982) y *El beso de la mujer araña* (1976).¹

"A mí que no me saquen de las intrigas íntimas, mamá. A mí que no me saquen de los pequeños sentimientos",² diría Puig de esas pequeñas pasiones trasladadas a una narrativa cotidiana y de actos mínimos, convertidas en obsesivos deseos.

Un escritor medroso del "qué dirán" de los críticos, unos personajes alter ego imposibilitados para erradicar sus temores e inseguridades: una maestra enfrentándose a recuerdos añorados y a un futuro hecho presente desazonador en *Boquitas pintadas*; una pareja que hace del diálogo el necesario careo en torno a la *Sangre de amor correspondido*; dos hombres presos al margen de cualquier reintegración social en su diferencia en *El beso de la mujer araña*.

El boom de la literatura latinoamericana fue la eclosión creativa y el mote que necesitaban los literatos de este subcontinente; sin embargo, la literatura, como la historia, no es siempre justa y no retribuye de igual forma en antologías, críticas, premios, ediciones y éxitos de *best-seller*.

Borges podría decir que "le tocaron, como a todos los hombres, malos tiempos en que vivir", y alguien mencionará el infortunio de compartir patria y época con Cortázar y el mismo Borges.

Mientras otros con aspavientos se erigieron como representantes de una nueva literatura y como estandartes de otras tantas tendencias ideológicas, Puig opta por la heterodoxia anónima y discreta, que no por íntima menos crítica de su entorno.

Ajena a las convenciones y fórmulas del realismo mágico, pero también fuera de la inventiva cerebral de una literatura racional, la narrativa de Puig se gesta en la urdimbre del relato, a la búsqueda

de la probable, y no siempre única, explicación del desasosiego.

De la cinefilia fraguada en la niñez y del paso por el Centro Sperimentale di Cinematografia (1957), permanece la fascinación por las historias y los mitos clásicos del celuloide; el imaginario colectivo del cine se mezcla en la figura de Rita Hayworth o Vivian Leigh y aparece en relatos que cuentan las películas nazis exhibidas en la Argentina del primer periodo peronista o en diálogos de algún inolvidable film a modo de epígrafes.

Con pasión de espectador coleccionista y poseedor de una videoteca con 4 mil películas,³ a Puig ni siquiera el cine parece haberle sido fiel y consecutivamente perecerían en la pantalla *Boquitas pintadas* (Leopoldo Torre-Nilson, 1974), *Pubis angelical* (Raúl de la Torre, 1982) y, sobre todo, *El beso de la mujer araña* (Héctor Babenco, 1985).

Cine encanto, cine-reflejo, el cine como espejo insertado en la frágil existencia de Molina en *El beso de la mujer araña* o los sueños del exilio de *Pubis angelical*; la imagen fílmica es el paliativo de las frustraciones cotidianas, la quimera y el deseo de los seres puigianos, el clímax inalcanzable que hace palidecer sus miserables relaciones afectivas; el cine como profecía que anuncia destinos y se vuelve fragmento esencial de la novela.

El melodrama cinematográfico y radiofónico, a la par que la novela rosa, son subvertidos y despojados de rasgos originales de frivolidad, revelándolos en toda su hipocresía; imposibilidades, frustraciones, trabucos que nulifican casi toda muestra de afecto se confabulan en la pluma del escritor y desnudan, en su escarnio, los odios y sinrazones de la pasión humana.

Son los seres inmersos en urbes de hierro de *Maldición eterna a quien lea estas páginas*; pueblos indómitos y escleróticos que asfixian a las muchachas con *Boquitas pintadas*, a la familia que asiste a *La traición de Rita Hayworth* o a los adolescentes destrozados en su *Sangre de amor correspondido*; en *Pubis angelical*, el hospital de la Ciudad de México

* Estudiante de la licenciatura en Ciencias de la Comunicación del ITESO.

se revela con su asepsia y frialdad, mientras las áridas tardes bonaerenses enmarcan las decepciones profesionales y amorosas de *The Buenos Aires affair*.

Exiliado del Buenos Aires que le provocaba sentimientos contradictorios, alejado del Nueva York deshumanizado y autómatas así como del México que le cortaba la respiración con su elevada altitud, Manuel Puig elige a Río de Janeiro como el próximo destino de su itinerario vital y de sus seres ficticios.

II

Aunque el tiempo desgastara a Río y ese nomadismo lo indujera a un nuevo abandono en 1989, las playas fluminenses y el barrio de Leblón son el sitio donde recuperaron su voz los personajes puigianos después de seis años en silencio.

*Cae la noche tropical*¹ en el Río de Janeiro estival, transformado en el geriátrico donde ocurre el encuentro de las hermanas Nidia y Luci, quienes con la habitual senectud de los ochenta años discuten entre la mezquindad y el amor filial- cuál de las dos ha padecido más sufrimientos en la vida.

Erase un cuento de hadas de Manuel Puig; érase una novela que transcurre entre la charla cotidiana, la escritura epistolar y los informes burocráticos; érase una fábula posmoderna, aunque la lectura del periódico de Luci notifique que "en cuanto al posmodernismo, los deslumbrados en turno pueden despedirse de toda ilusión [...]".

El diálogo coloquial como recurso primario, llevado a sus límites, en charlas diligentes y fluidas donde las interlocutoras no esconden nada, porque aquí no se pretende deconstruir un amor no correspondido y sí desangrado, ni mucho menos el hurto de la memoria y del pasado en *Maldición eterna a quien lea estas páginas*.

Las cuitas amorosas de la vecina Silvia, que es un trozo vinculador con Argentina, son el pan y la sal del vivir cotidiano de este par de viejas entrañables. Los pesares amorosos de esta Silvia en la crisis de los cuarenta años son motivo para mantener el nexo con la patria abandonada, terreno fértil para que la memoria traiga los recuerdos de la vida familiar, los esposos muertos, los hijos y los nietos, las represiones durante el gobierno de Isabelita.

La memoria como atadura benévola, como la no aceptación de las resignaciones y las despedidas; estado latente en el que se ubican

inveteradamente las cosas, la vida y la gente; la memoria es, finalmente, la posibilidad de crear un proyecto futuro.

Puigiana y anti puigiana, la esperanza es un elemento vital, pero nunca aterriza; la esperanza como ente abstracto, que sólo existe en los sueños o en las pasiones glamorosas de la pantalla cinematográfica.

Paulatinamente, estos tediosos diálogos han dado forma a seres pasivos que son tema de estas mismas conversaciones. De igual manera, el microcosmos del barrio de Leblón ha tomado el protagonismo que merece: el mercado, el correo, la playa que se recorre cuando *Cae la noche tropical*, en suma, la calidez del trópico imbuje con su sangre al texto.

Cuando la distancia física se impone, al diálogo sigue la epístola, pero estas cartas no han sido enviadas para incendiar quimeras; estos papeles no se alejan de la plática de todos los días porque en ellos pululan desde la anécdota cotidiana de ir al correo de Río hasta el aviso de una probable separación definitiva de las octogenarias hermanas.

Cartas que remplazan el contacto diario, en ellas el lector se vuelve destinatario y testigo de este total fortalecimiento! que sufre la Nidia en Río de Janeiro. Porque Nidia, al igual que la cargosa de Silvia, también ha sucumbido a la mirada y la voz de un carioca; son miradas y voces que conmueven a hadas madrinas humanas, preocupadas en buscar con insistencia una franela para sus desvalidos protegidos.

Si Silvia corría al auxilio de su amado Ferreira, Nidia no quiere ser menos con sus amigos nortestinos, Ronaldo y su esposa

Wilma; una nueva vuelta de tuerca y los informes policiales, las declaraciones testimoniales, nos amenazan cual páramo con el presagio fatalista de todo ser puigiano que se precie.

En alguna línea Nidia menciona a un ángel y Puig lo ha querido así. Los ángeles y las hadas han descendido sobre el barrio de Leblón, donde habrá un Ferreira, un Ronaldo o alguna Wilma a quien llevarle una manta para protegerse de la noche tropical.

"No me avergüenzo de cambiar de opinión, porque no me avergüenzo de pensar", cita alguien a Schiller, porque *Cae la noche tropical* es, ante todo, la manifestación de este sentir en la obra puigiana.

Notas

1. Puig, Manuel. *El beso de la mujer araña*, Seix Barral, México, 1981; *Boquitas pintadas*, Seix Barral, México, 1982; *Cae la noche tropical*, Seix Barral, México, 1989; *Maldición eterna a quien lea estas páginas*, Seix Barral, Barcelona, 1980; *Pubis angelical*, Seix Barral, Barcelona, 1979; *Sangre de amor correspondido*, Seix Barral, Barcelona, 1982; *The Buenos Aires affair*, Seix Barral, México, 1980; *La traición de Rita Hayworth*, Seix Barral, Barcelona, 1982.
2. Eloy Martínez, Tomás. "Semblanza: últimos días de Manuel Puig", en *Siglo 21*, 29 de noviembre de 1991. La semblanza de Eloy Martínez tendría una continuación en la emisión del diario *Siglo 21* correspondiente al cinco de enero de 1992; en esta segunda parte apareció un fragmento de *Humedad relativa 95 por ciento*, relato en el que trabajaba Manuel Puig hasta antes de su deceso. ♦
3. *Ibidem*.
4. Puig, Manuel. *Op. cit.*